



EL SUEÑO DE LA ARAÑA

JUAN IGLESIAS PEREIRA

«La antigua presencia nazi en Coruña y los tentáculos
de la red araña se ciernen sobre ellos»

Colgó el teléfono preguntándose por qué se seguía dedicando a ese trabajo. Eran las doce de la mañana y acababa de recibir la llamada de un cliente que había dedicado veinte minutos a quejarse del retraso del juzgado en resolver un pleito que llevaba casi un año languideciendo sobre la mesa de su señoría. Sus promesas de pasarse por el juzgado para intentar agilizar el asunto no parecían haberle satisfecho demasiado y la conversación terminó con una insinuación de que tal vez otro abogado, que le habían comentado que conocía al juez, conseguiría algo más.

Se tuvo que morder la lengua para no contestarle, algo que hace unos años no habría hecho, pero ahora los clientes no abundaban y no llegaban con la regularidad con que lo hacían antes. No al menos con la regularidad del ingreso que debía de hacerle todos los meses a su ex-mujer en concepto de pensión de alimentos para Carmen.

En días como esos se preguntaba porque no se habría dedicado a una profesión que fuese un poco más respetada por la gente y que al menos le asegurara unos ingresos fijos.

A sus cuarenta y tres años, Carlos Ruiz todavía conservaba un cierto aire juvenil que aparecía desmentido por las canas que empezaban a asomar en sus patillas y por una incipiente barriga resultado de demasiado tiempo sentado delante de la pantalla y que empezaba a observar como una amenaza para su figura. Ya había apagado el ordenador y se había decidido a cogerse el resto de la mañana libre cuando su móvil sonó. No reconoció el número que lo

llamaba, por lo que contestó con el aire neutro que le daba a las llamadas profesionales.

- ¿El señor Carlos Ruiz? - preguntó una voz con un leve acento sudamericano.

- Soy yo, dígame.

- Perdona que le llame con tan poca antelación. Mi nombre es Alfredo Ferreiro. Acabo de llegar hace unas horas a Madrid desde Buenos Aires y me preguntaba si podría recibirme en su despacho para tratar un tema profesional. Solo tengo unas pocas horas antes de coger un nuevo vuelo y le agradecería que pudiera recibirme.

Detectó un leve tono de urgencia en la voz del hombre que le hablaba y pese a que no solía quedar con los clientes el día que le llamaban, le dijo que podía pasarse a primera hora de la tarde por su despacho. El hombre con acento sudamericano, que ahora apostaría que era argentino, se lo agradeció y quedó en pasar por su despacho a las cuatro de la tarde.

2

Con una desacostumbrada puntualidad el timbre de la puerta sonó a las cuatro. Al abrir se encontró con un hombre de unos sesenta años, calculó más por su pelo blanco que por las arrugas de su cara, con una de esos rostros que parecen inclinarse siempre más por la sonrisa que por la seriedad y que hacen que uno sienta una natural simpatía por ellos.

- Muchas gracias por recibirme con tan poca antelación - le dijo con un inequívoco acento argentino- pero voy a estar poco tiempo en Madrid y necesitaba verle con urgencia.

- No se preocupe, no ha sido ninguna molestia. Dígame en qué puedo ayudarlo - le dijo invitándole a sentarse,

- Verá, iré al grano. Quería que usted fuera mi abogado en un pleito que quiero iniciar. Tengo la intención de reclamar la propiedad de una vivienda que fue arrebatada a mi familia.

- ¿Arrebatada? – preguntó extrañado por el término que había utilizado.

- Así es, por una serie de desafortunados sucesos acaecidos en los primeros días de la guerra civil mi padre perdió las propiedades que tenía en España, en especial una gran casa que había edificado su padre en La Coruña.

Cuando escuchó el nombre de su ciudad natal se removió incómodo en su asiento. No sentía un especial interés en volver a pensar en la ciudad en la que se había criado, ni tenía intención de presentarse de nuevo en sus juzgados.

- Entiendo que entonces se tratará de un asunto que habrá que llevar en Coruña. Quizás sería mejor para usted, y más barato, que lo llevara un despacho de esa ciudad.

- Sin duda, pero me gustaría que fuera usted quien se ocupara de ello - le dijo con una sonrisa.

- ¿Puedo preguntarle por qué? - le preguntó sorprendido.

- He leído alguna información sobre usted, en concreto sobre su intervención en algún caso parecido en el pasado y creo que puede ser la persona adecuada por su experiencia.

Asintió al recordar como hacía cinco años había llevado la representación de una familia que había logrado la devolución de varias propiedades que habían sido adquiridas fraudulentamente por la iglesia al acabar la guerra, disfrazadas como una donación inexistente. El caso le había aportado una breve notoriedad y había disfrutado de sus cinco minutos de fama en la televisión, pero finalmente había ido quedando poco a poco relegado en el olvido.

- Pues usted dirá - le dijo ya resignado a escuchar la historia.

- Verá, todo viene de abril de 1936, cuando en Galicia comenzó a prepararse la campaña para el referéndum de autonomía de Galicia. Los partidos políticos que apoyaban el estatuto de autonomía necesitaban dinero para la campaña electoral y consiguieron de un banco una línea de crédito de 100.000 pesetas que iba a ser devuelto gracias a las subvenciones concedidas al comité organizador por los ayuntamientos de A Coruña y Vigo y las Diputaciones de A Coruña y Pontevedra. Esta póliza de crédito tenía la "garantía personal y solidaria", es decir, el aval, de tres personas, el alcalde de Santiago, Ángel Casal, el presidente de la Diputación de A Coruña, José López Bouza, y una tercera persona, Esteban Ferreiro, mi padre.

- ¿Su padre estaba metido en política? - le preguntó interesado ya por la historia.

- No tenía ningún cargo público ni participaba activamente, aunque simpatizaba con las ideas autonomistas y era bastante amigo de José López Bouza, por lo que les ayudó con ese aval que en principio no le iba a traer ningún problema.

- Pero llegó la guerra... - apuntó.

- Así es, la cosa es que después del 18 de julio tanto Ángel Casal como López Bouza fueron detenidos y fusilados y, como las instituciones que ahora estaban en manos de los nacionales no devolvieron el dinero, el banco fue contra los bienes de los avalistas.

- Y entonces se quedaron con la casa de su padre, ¿no es así?

- Efectivamente – afirmó con la cabeza - se quedaron con la casa y con otros bienes que tenía en España. Por suerte, el 18 de julio se encontraba fuera de España, en Argentina, y se salvó de correr la misma suerte que Casal y López Bouza.

Carlos se quedó pensativo durante un instante, mentalmente estaba trazando una secuencia de acontecimientos mientras relacionaba unos con otros.

- Y ahora usted quiere reclamar la devolución de la casa.

- Así es - dijo Alfredo - quiero que se declare nula la adquisición de la casa por parte del banco.

- Perdón - le cortó confundido - pero no entiendo en que nos podemos basar para solicitar eso. El banco fue contra los avalistas de un préstamo que no fue devuelto y eso, si prescindimos del porqué no fue devuelto, fue legal.

Alfredo Ferreiro se incorporó en su silla y sus ojos reflejaron la rabia oculta en su interior.

- ¿Y si le dijera que el préstamo sí fue devuelto y que el banco silenció esa información para poder quedarse con los bienes de los tres avalistas?

La extrañeza debió de quedar reflejada en la cara de Carlos, porque Alfredo continuó.

- Tengo pruebas de que el importe del préstamo sí se devolvió al banco el 17 de julio de 1936.

- ¿Qué pruebas? - preguntó cada vez más intrigado por el giro de la historia.

- A López Bouza el levantamiento le sorprendió en Madrid, a donde había viajado con una delegación para entregar el proyecto del estatuto de autonomía, pero decidió regresar a pesar de las advertencias y fue detenido y fusilado un mes después. Sin embargo, antes de volver, le escribió a mi padre una carta, fechada el diecisiete de julio de 1936, un día antes del levantamiento, en la que le comunicaba que ya se había transferido al banco el importe del préstamo.

- ¿Entonces el banco mintió y ocultó ese hecho?

- Así es. Parece que alguien vio la oportunidad de quedarse con el dinero y con los bienes de los que ya eran unos “rojos” que habían sido fusilados o que estaban en el extranjero.

Ferreiro lo miró, expectante por ver su reacción ante la historia que le acababa de contar. Para su sorpresa, Carlos negó con la cabeza, poco convencido.

- Lo siento señor Ferreiro, pero más allá de comprender la injusticia que se cometió, no podemos iniciar un procedimiento contra un banco, por unos hechos que sucedieron hace ochenta años y basándonos solo en una carta que dice que el préstamo ya se había pagado.

- Lo comprendo, pero ¿Opinaría lo mismo si le presentase un documento del banco en que cancelaba el préstamo por haberse reintegrado el dinero? - le preguntó con una sonrisa.

- ¿Ese documento existe?

- Mi padre mantuvo el contacto por carta durante años con la mujer de López Bouza y, cuando murió, sus hijos encontraron muchos papeles de su padre. Entre ellos estaba la carta dirigida a mi padre que no llegó a enviar, y con ella estaba el recibí, firmado por un representante del banco tras recibir el importe del préstamo. Me hicieron llegar una copia hace unos meses.

Carlos se reclinó en su silla. Si lo que acababa de escuchar era cierto, el escándalo que causaría este asunto iba a ocupar páginas de prensa y muchos

minutos de televisión. Que un banco que todavía existía hubiera silenciado el pago de un préstamo aprovechando el estallido de la guerra, para luego quedarse con los bienes de los avalistas fusilados por el régimen franquista, era un escándalo al que no dudaba que la prensa iba a hincar el diente con fruición en una época en que cualquier tema relacionado con la guerra y la represión franquista interesaba a la opinión pública.

- Así pues ¿Qué opina, señor Ruiz? ¿Cree que podríamos tener éxito? – le preguntó al ver como estaba pensando en el tema,

- No quiero engañarlo ni crearle falsas expectativas señor Ferreiro. Me gustaría examinar todo con detenimiento antes de darle mi opinión - le dijo un precavido Carlos.

- Por supuesto, lo entiendo perfectamente. Estos años he ido confeccionando un pequeño dossier con noticias e información que he ido recopilando poco a poco. Por favor, quédese con él y examínelo - le dijo dándole una pequeña carpeta llena de documentos - Yo en unas horas voy a coger un vuelo a Coruña donde debo atender unos asuntos, pero le llamaré en un par de días para que me diga su opinión. De todas formas, aquí tiene mi tarjeta por si necesita ponerse en contacto conmigo y que le aclare cualquier duda.

- De acuerdo - le dijo al aceptarla.

Después de despedirse de él en la puerta de su despacho, se quedó pensando en la entrevista que acababa de mantener. La historia era un poco increíble y no se le escapaba que seguir ese camino traería aparejadas

demandas contra el honor por parte del banco y de los descendientes de los implicados. No era la primera vez que se presentaban en su despacho personas que defendían teorías conspiratorias o que creían que en el pasado alguien se había confabulado para perjudicar a su familia. Solía darse cuenta al momento y les daba largas hasta que se cansaban e iban a otro abogado, pero esta no era la impresión que le había causado Alfredo Ferreiro.

Examinó la tarjeta que le había dado, "*Alfredo Ferreiro Conte, ingeniero industrial*" figuraba en ella, y aparecía una dirección de Buenos Aires, junto con un teléfono móvil español y una dirección de correo electrónico. La dejó encima de la mesa junto con la documentación que le había dejado. La examinaría al día siguiente, pero ahora pensó que debería irse a casa y luego salir a hacer un poco de ejercicio para intentar atacar la curva de su barriga.